

valles en ciertas estaciones; y aun aquellas que viven en los parajes donde reina una primavera eterna, donde se renueva diariamente la vegetación y se encuentran todo el año árboles y plantas en flor, aun aquellas, repito, deben pasar de un punto á otro para buscar las flores que mejor puedan convenirles. Sabido es que los colibrís acuden en gran número á ciertos árboles en flor, al paso que no parecen conocerlos en otras estaciones: obsérvese que aparecen por bandadas innumerables apenas comienza á florecer un árbol, como lo hacen los insectos que viven del néctar de las flores; entonces llegan de todos los puntos del horizonte y se dirigen al árbol mientras está en flor. Semejantes excursiones no pueden llamarse viajes: solo las especies que habitan la zona templada ártica ó austral, son las que emigran realmente; llegan á su país con tanta regularidad como á los nuestros la

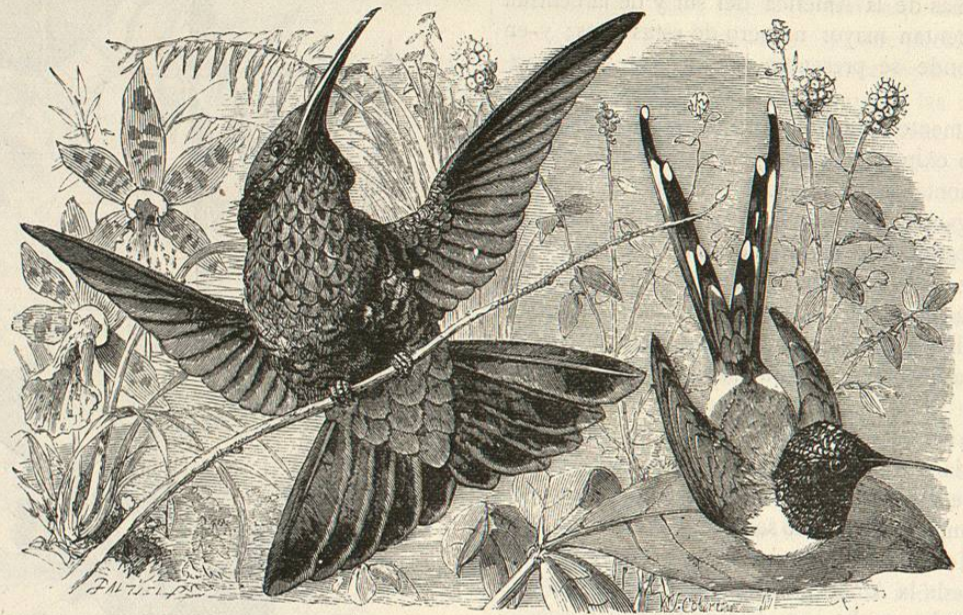


Fig. 109.—EL HELIOTRHX OREJUDO

Fig. 110.—EL ESPARGANURO DE DUPONT

de Cárdenas; nunca la he visto cerca de Matanzas, ni tampoco anida en la isla. La especie que habita el oeste de la América del norte (*Selasphorus rufus*) llega, según Nuttall, á principios de abril; en setiembre se dirige hácia el sur, y va á pasar el invierno en Méjico. El colibrí de King (*Eustephanus galeritus*), que habita la Tierra del Fuego, y que se encuentra á la largo de la costa occidental de la América del sur en una extensión de 3,000 kilómetros, no se presenta en Chile hasta principios de la primavera. Otras dos especies que habitan el mismo país son también aves emigrantes; llegan en octubre, para dirigirse de nuevo, hácia mediados de marzo, á los países tropicales: ciertas especies, no obstante, deben pasar todo el año en el sur, como lo hacen otros colibrís en el norte.

Audubon cree que estas aves viajan de noche; pero naturalmente, nada puede precisarse sobre el hecho, y digo naturalmente, porque es difícil observar á los colibrís en sus viajes. Se puede seguir á las otras aves viajeras con la vista ó el oído, pero no sucede lo mismo con los colibrís; el ojo mas perspicaz los pierde de vista muy pronto, sin que sea dado distinguirlos, y el oído no puede reconocer con exactitud la dirección que siguen ni la distancia á que se hallan.

El colibrí produce siempre cierta sorpresa, pues se cree ver en él un sér encantado: aparece sin que se sepa de dónde ha venido y un momento despues no se le ve ya. Apenas se divisa uno en la América del norte, no se tarda en hallar

golondrina; allí viven y anidan, y apenas se acerca la estación fría, diríjense de nuevo hácia los países cálidos.

Segun Audubon, el colibrí de la América del norte (*Trochilus colubris*), se presenta muy raras veces en la Luisiana antes del 10 de marzo; en los Estados del centro antes del 15 de abril, y sucede á menudo que no aparece hasta principios de mayo, permaneciendo hasta setiembre: de la Florida no se va antes de noviembre.

En Cuba es esencialmente ave pasajera: Gundlach no la vió sino en los primeros dias de abril, y solo en la parte occidental de la isla; nunca la pudo encontrar en otras regiones á pesar de sus minuciosas pesquisas. «No puedo adivinar, dice el citado viajero, qué camino toma esta especie en otoño para dirigirse mas al sur de Cuba, pues en abril llega del mediodía y abunda entonces bastante cerca de la Habana y

otros por todas partes: un naturalista á quien debemos datos muy precisos se despertó una mañana con motivo de haberle llevado la noticia de que acababan de llegar los colibrís; viólos primero sobre un tulípero en flor, y poco despues los encontró por todas partes en abundancia, pero bien pronto disminuyó su número rápidamente. «Al cabo de algunos dias, dice, apenas se columbraba uno de vez en cuando, aunque en la ciudad oímos hablar aun de algunos individuos que se acababan de ver. Me parece que los colibrís emigran por grandes bandadas, y penetran en las ciudades y jardines; llegan como una ola, que atraviesa el país del sur al norte, dejando en todos los puntos algunos individuos aislados. No obstante, de otro modo se podría explicar el hecho: si los primeros dias vimos tantos individuos sobre un tulípero, seria porque este árbol, gracias á su posición favorable, habia florecido antes que todos los demás, mientras que pasados algunos dias, y habiendo ya flores por todas partes, los colibrís reunidos en un solo punto, se diseminarian en una vasta superficie, y parecieron mucho menos numerosos por el hecho mismo de su dispersion.»

Para comprender la vida de los colibrís es preciso estudiar antes su vuelo; porque á él deben estas aves ser lo que son; ninguna otra vuela como ellos, y por lo tanto, con ninguna se les puede comparar.

«Antes de verlos, dice Saussure, no hubiera podido figurarme que á un ave le fuese posible mover las alas con tanta

rapidez como lo hacen los colibrís; cruzan los aires con la celeridad del rayo, ó revolotean algun tiempo en el mismo sitio. Vuelan de dos maneras: ó bien pasan rápidamente siguiendo la línea recta, ó ya se balancean en un mismo sitio. Claro es que este último movimiento exige mas esfuerzos, pues para mantener el equilibrio, el colibrí debe agitar las alas con igual vigor hácia arriba y hácia abajo; y esto lo efectuan con tal ligereza, que al fin no se distinguen ya.»

«En todo su ser, en todos sus actos, caracterizanse por el apresuramiento. Viven mas y con mayor actividad que cualquier otro animal de nuestro globo, añade Saussure; desde la mañana hasta la noche pasan cruzando los aires en busca del néctar de las flores; se les ve llegar como el rayo, colocarse verticalmente delante de una flor, sostenerse sin apoyo ninguno, extender la cola en forma de abanico, é introducir repetidas veces la lengua en el cáliz. Nunca se posan en una flor, y diríase que en su precipitación ni siquiera les queda

tiempo para ello. Acuden con la velocidad del pensamiento, detiéndose bruscamente, descansan cuando mas algunos segundos en una ramita, y vuelven á marchar con tanta ligereza que apenas son notados.» En el mismo sentido hablan todos los demás observadores.

«¿Qué admirable mecanismo, exclama Gould, debe ser el que produce los movimientos vibratorios de las alas del colibrí, tan largo tiempo sostenidos! Yo no puedo compararlos con nada; diríase que se deben á una máquina ingeniosa movida por un resorte poderoso. La primera vez que observé este vuelo, causóme una impresion de las mas singulares; era todo lo contrario de lo que yo esperaba ver. El colibrí no corta los aires como una flecha del mismo modo que la golondrina; pero ya sea para vagar de flor en flor, franquear una corriente ó pasar sobre un árbol, siempre agita sus alas un movimiento vibratorio. Detiéndose por instantes ante un objeto, conservando el equilibrio, y los aleteos se suceden en

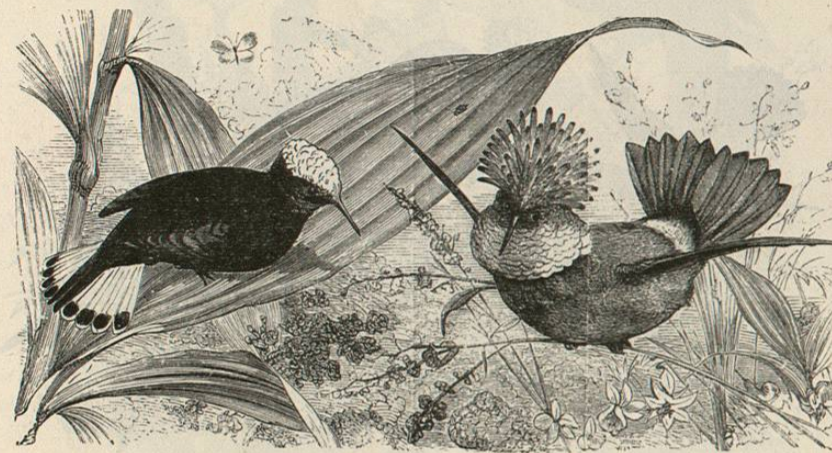


Fig. 111.—EL CHUPAFLORES NEGRO

Fig. 112.—EL BELATRIX REAL

tonces con tal rapidez, que la vista no puede seguirlos; todo cuanto se nota es un semicírculo confuso al rededor de cada lado del cuerpo.»

«El vuelo de estas avecillas, dice á su vez Kittlitz, tiene algo de singular; casi se creeria que son insectos; vuelan de un árbol á otro con tal rapidez, que apenas se pueden distinguir; pero se detienen ante todo objeto que llama su atención; sostienen en el aire con el cuerpo levantado, y agitan de tal modo sus alas, que solo se ven sus reflejos.»

Mas minuciosa es aun la descripción de Newton sobre su aparición y desaparición. «Preséntase, dice, de una manera tan diferente de la acostumbrada, que aquel que no haya cruzado el Atlántico no podrá formarse una idea exacta del vuelo de los colibrís, ni aun haciendo la comparación con la esfinge volante. Estamos parados, contemplando con admiración una flor, cuando de pronto aparece entre esta y nuestros ojos un pequeño objeto oscuro, que por su aspecto parece estar pendiente de cuatro alambres dispuestos en cruz. Por un momento se le ve delante de la flor; algunos segundos despues detiéndose; el espacio entre cada par de alambres parece invadido por una niebla gris; á poco brilla un rayo como de esmeralda, y el objeto desaparece con tal rapidez, que la vista no puede seguirle, ni el espíritu darse cuenta de su desaparición. El primero que intentó representar una imagen del colibrí cuando vuela fué un hombre atrevido ó un ignorante, pues ningun lápiz, ningun pincel puede reproducir así al ave. Solo se ve que la posición del tronco es vertical, y que cada una de las alas forma un semicírculo en sus movimientos.» Con estas palabras están conformes todos los observadores concienzudos; pero ahora sabemos ya

que no todas las especies vuelan del mismo modo. El colibrí propio de Cuba, según Gundlach, difiere bastante de sus congéneres por este concepto. Para examinar la flor acércase mucho á ella, aletea algunos momentos en el mismo sitio, introduce la lengua en el cáliz, retírala vivamente, permanece un instante inmóvil, y haciendo un brusco movimiento diríjese á otra flor. Hé aquí por qué el vuelo parece cortado é irregular, contribuyendo á la ilusión los continuos movimientos de la cola, bastante larga, que el ave cierra y abre de continuo. El colibrí norte-americano, por el contrario, tiene siempre un vuelo casi igual.

«Encontramos un magnífico tulípero cubierto de flores, dice otro observador, y al poco tiempo vimos los colibrís, que ocupaban todas las ramas. Trazaban círculos sobre la copa; giraban al rededor de las ramas mas inferiores, unas veces desapareciendo en la sombra del follaje, y ostentando otras al sol sus vivos colores. Hubiérase dicho desde lejos que aquello era un enjambre de abejas ú otros insectos; baten las alas tan precipitadamente como los abejorros, y de tal modo que aquellas llegan á ser casi invisibles y parecen solo un confuso velo. Esto se observa particularmente cuando las aves se detienen ante la corola de una flor para buscar su alimento.» Mientras el pájaro mosca permanece en un mismo lugar no se oye el ruido que hacen sus alas; pero cuando vuela con rapidez de un punto á otro, produce un rumor penetrante, muy particular, variable según las especies, mas sordo en las grandes que en las pequeñas, y tan característico en algunas, que basta oírle para saber á cuál de aquellas pertenece. Nadie se ha explicado aun la causa exacta y precisa de semejante ruido.»

Puede suponerse cuando mas que el ave al franquear grandes distancias mueve sus alas aun con mas rapidez y vigor que cuando permanece en el mismo sitio, pues en este último caso no produce ruido.

En el acto de volar los colibrís producen una corriente de aire muy sensible. «He observado, dice Salvin, un individuo que penetró en una habitacion y volaba sobre un pedazo de algodón en rama, cuya superficie se agitaba mucho.» Rochefort refiere que cuando un colibrí pasa cerca de una persona, le parece á esta oír el silbido del viento.

No es posible determinar la direccion del vuelo de estas aves ni las líneas que describe: sus movimientos son tan rápidos y tan diminuta su talla, que se hace imposible observarlas. Audubon asegura que el colibrí de la América del norte corta los aires trazando líneas extensamente onduladas; elévase bajo un ángulo de unos 40 grados, para bajar describiendo una curva; pero añade que es imposible seguir



Fig. 113.—EL CHUPAFLORES ENANO

quean una distancia de cuarenta pasos con la rapidez del pensamiento.

«Estas aves, continúa Audubon, se mueven con una viveza é impetuosidad sin igual: permanecen un instante tan inmóviles en el mismo sitio, que se las creería fijas allí, en el aire; y de repente se apartan á un lado con la rapidez de una saeta; describen un semicírculo alrededor del árbol y van á visitar otra flor. A menudo se lanza uno de estos pequeños seres desde la cima de una copa hácia el cielo, cual si le impeliese un poderoso resorte.»

De todos modos nos vemos siempre obligados á considerar el colibrí como una mariposa emplumada, y esto no debe entenderse en sentido figurado sino al pié de la letra.

«Al dar el primer paso en las sabanas de la Jamaica, dice Enrique de Saussure, vi un brillante insecto verde, de rápido vuelo, que llegaba repetidas veces á deslizarse entre las ramillas de un arbusto. Admirábame su extraordinaria destreza para escapar de una red, y cuando al fin pude cogerle, cuál no sería mi asombro al encontrar en el fondo de aquella, no un insecto sino un ave. Y es que los colibrís no tienen solo la talla de los insectos, sino también sus movimientos.» A Gould le costó mucho el convencer á una persona de que habia visto en Inglaterra macroglossos estrellados (*Macroglossa stellatarum*) y no colibrís; Bates asegura que solo despues de largas observaciones pudo reconocer la diferencia entre una mariposa de las orillas del Amazonas, el macrogloso títan (*Macroglossa Titan*) y ciertos colibrís; y que una vez llegó á tirar á una de estas mariposas creyendo que era un pájaro mosca. Unas y otros, en efecto, vuelan del mismo modo y se suspenden de una manera idéntica ante las flo-

res. Los indios, los negros, y hasta los blancos, consideran al títan y al colibrí como un mismo sér; saben que una oruga puede convertirse en mariposa, y no tienen por imposible la trasformacion de esta en ave.

Sin embargo, es bastante singular que hasta los colibrís parezcan ver en las mariposas seres que les molestan en sus quehaceres. Segun las observaciones de Saussure, traban verdaderas luchas con ellas; persiguenlas de flor en flor, de rama en rama y se precipitan sobre esos insectos hasta que los ahuyentan, llegando á menudo á destruirles las alas. Estos ataques se deben evidentemente al celo, ó quizás á la envidia; pero son en alto grado característicos, tanto para los perseguidores como para los perseguidos. Algunos observadores concienzudos creen que también los sentidos y las facultades intelectuales de los colibrís y de las mariposas tienen poco mas ó menos el mismo desarrollo, error en que incurrieron sin duda al fijarse en la expresion inocente de los ojos del ave y en la confianza que manifiesta.

Gracias á su agilidad, su destreza y rapidez, obsérvese en sus actos un aplomo que verdaderamente asombra. «Cuando se ve un colibrí, dice Burmeister, no se cansa uno de admirar sus ojos claros y limpidos y la tranquilidad perfecta con que contempla al observador, al menos mientras este permanece tranquilo, pues apenas nota un movimiento, desaparece en seguida.»

Ciertos viajeros hablan del magnífico efecto de los colores que presenta el plumaje de los colibrís en el acto de volar: pero sus relatos carecen de la debida exactitud. Cuando cruzan los aires no se ve nada de ese brillo propio de estas tan celebradas joyas de la naturaleza; no se distingue sino cuan-

do reposan, ya estén delante de una flor, sin mover mas parte de su cuerpo que las alas, ó bien situadas en el ramaje. «De pronto, dice Schomburgk, se ve una flor solitaria; adviértese luego que brilla en ella un topacio, sin que se sepa de dónde y cómo ha venido. Los ojos se fijan en todas partes y vuelven á ver la misma cosa; aquí divisan un rubí de vivos colores, allá una lentejuela de oro ó un brillante zafiro, que parece despedir mil rayos luminosos; luego se reúnen aquellas joyas, formando espléndida corona, la cual se rompe súbitamente para presentar á poco su forma primitiva.»

Hay sin embargo algunas cuyos colores brillan también cuando vuelan. «El colibrí safo, me escribe Gering, parece una chispa de fuego al reflejarse en su plumaje la luz del sol, y sorprende aun á los que han observado muchas aves de su especie. Cuando la primera de estas chispas vivas se balanceó á mi vista en el aire, cautivó de tal modo mi atención, que olvidé apuntarle con la escopeta.» Si los colibrís se cansan de volar, buscan en el follaje un sitio á propósito para el reposo, y prefieren al efecto ramitas muy delgadas y secas, ó con pocas hojas; siempre vuelven á la misma ramita, y con tal



Fig. 114.—EL ESPARGANURO SAFO

Fig. 115.—EL CALOTORAX DE Mulsant

regularidad que, segun Gundlach, solo se necesita permanecer algun tiempo cerca del sitio para poder ver y observar las aves. Suelen aprovechar el breve rato de reposo para poner en órden su plumaje y limpiarse el pico; pero ni entonces están quietos, pues cuando menos mueven continuamente las alas y la cola. Apenas arregladas sus plumas vuelven á volar, balanceándose alrededor de las flores.

La tierra es tan extraña para ellos como para el quelidon de las paredes, de tal modo que no pueden andar. «Cierta dia, dice Kittlitz, herí ligeramente en el ala á una de estas aves, aunque lo bastante para que no pudiese volar; cayó á tierra, mas no pudo moverse del sitio donde se hallaba, pues sus patas son impropias para saltar ó andar.» Sin embargo, los colibrís se posan algunas veces en tierra, como por ejemplo, para beber.

Se ha dicho hace mucho tiempo que ningun pájaro mosca cantaba; esto es verdad en general; pero hay varias observaciones que forman excepcion á la regla. «La voz de los colibrís, dice el príncipe de Wied, es débil é insignificante; pero

he oído algun individuo cuyo grito de llamada era breve y sonoro.»

Burmeister dice á su vez: «Los pájaros moscas no son mudos, pues cuando se posan en alguna rama baja para descansar, producen de vez en cuando un grito débil y tembloroso. Con frecuencia los he oído; he observado á menudo algun individuo que se posaba en el follaje, y he visto como despues de lanzar su grito sacaba del pico tres centímetros de lengua, por lo menos.» Los mas de los otros naturalistas dicen que estas aves no producen mas que sonidos roncós y chillones, los cuales se expresan por *tirr tirr tirr* ó *zock zock zock*.

Segun Salvin, el citado sonido agudo, que él expresa por *schirik*, es el grito general de casi todos los colibrís, y se oye sobre todo cuando se les persigue volando ó se excitan por otra causa.

Algunos, como Lesson, añaden que por lo regular permanecen los colibrís silenciosos, y que se puede estar horas enteras debajo del árbol donde se hallan sin oír su voz. Otros na-